

PRÓLOGO

GABRIELA

—¿Me puedes explicar, querida Mati, qué demonios hacemos tú y yo pasando toda la santa Navidad en ese cortijo andaluz perdido en mitad de la nada y, sobre todo, lo que es muchísimo peor, aguantando a esta panda de descerebrados que tenemos por compañeros de trabajo?

—Mira que eres ñiñiñi, florecilla.

—No..., realista es lo que soy.

—Bueno, anda, no te pongas de mal humor. De verdad que no entiendo la reticencia. ¡Si va a ser divertidísimo!

—¿Divertidísimo? Lo acabo de decidir. Tengo que cambiar de amigas... Tu concepto de la diversión dista mucho del mío.

—¿Por qué no dejas ya de decir tonterías, chata?

—Porque no son tonterías, es lo que pienso. ¿En qué momento me dejé convencer por ti para esta historia? Debí decir que me iba a ver a mi familia, aprovechando que la hija pródiga también iba a hacer acto de presencia, y dejarme de tonterías...

—Eso no me lo habías contado, que tu hermana volvía de hacer el bien por el mundo... Y no, no es locura, somos compañeros, todos estamos libres y sin plan, la empresa nos propone un *team building* navideño para pasar las fiestas entre maromos, con los gastos pagados y...

—Y... —la corto— jefes incluidos, no te olvides, que veo que no los mencionas... Y son esos a los que luego llamamos explotadores cuando nos tomamos dos vinitos; y de los que decimos que no ven o no quieren ver las horas extras que hacemos de más todos los días a cambio de cero subidas de sueldo, por no hablar de las desigualdades entre unos y otros, el clima laboral penoso que tenemos con las barbies de mercadillo siempre dando por ahí...

—¿Puedes parar ya? Y no, no los menciono porque no son importantes, no vamos por ellos... Además, tranquila, que allí en la

finca no van a estar en plan jefazos rancios. Y de las petardas pasamos y listo; tampoco creo que ellas nos vayan a echar mucha cuenta, vamos, que estoy segura.

—Ah, ¿no? ¿Y en qué modo van a estar el CEO y compañía, según tú?

—En el de pasar una Navidad tranquila, lejos de la ciudad, de presiones, agobios y trabajo. Relaja, no van a ir detrás de ti con las gráficas de KPIS en la mano —bromea mi amiga, risueña y cantarina como es ella.

—¡JA! Qué graciosa, por favor. Me parto y me mondo. No te lo crees ni tú. ¿Te imaginas al insoportable de Íñigo, tan recto, tan si-barita, tan pegado el culo a su portátil en modo tranquilo, relajado y sin presionar ni agobiar? ¡Y un cuerno! Ese presiona hasta a su difunta madre. Yo también estoy segura de eso.

—Bueno, bueno, no hay que irse justo a los extremos... Íñigo es estiradillo, pero tiene su punto... De fiesta tiene que ser MUY —enfatisa— interesante.

—Para ti enterito —respondo, asqueada.

—Insisto, ¡qué extremista eres!

—Ah... ¿extremos? Nada, seguro que Valentín, Sergio, Samuel y, un nivel por debajo, Manrique y compañía... todos se van a olvidar de que somos sus subordinados y van a estar compartiendo risas y copas con nosotros, o regalando subiditas de sueldo por Navidad —replico, irónica.

—Hija, quién te entiende... De no querer ir pasas a querer jarana de la buena. ¡Y en qué compañía, ni más ni menos! Ja, ja.

—No digas tonterías... ¡Era un ejemplo!

—Pues es una mierda de ejemplo. A nosotras tiene que darnos igual lo que hagan los jefes. Podemos estar pendientes del buenorro de finanzas, del madurito *sexy* de sistemas o del rubiazo de publicidad. Es buen momento para interactuar entre departamentos, cosa que no es que hagamos mucho algunas que no tenemos la suerte que tú tienes de que vayan a ti cual moscas a la miel...

—¿No puedes pensar en otra cosa que no sea en hombres todo el tiempo?

—¿Y tú quieres olvidarte del trabajo por una vez en tu vida y disfrutar? ¿Tanto te cuesta dejarte llevar? Que son unas vacaciones hermosísimas y ¡a gastos pagados, por favor! ¿Quién en su sano juicio

desperdiciaría eso? Nadie.

—No, está claro que no quiero olvidarme. Cero ganas de nada, mucho menos de navidades. Y aviso: este viaje no va a traer nada bueno. Mezclar trabajo y ocio...

—No seas agorera, doña perfecta, irá bien, será divertido, saldremos unos días de Madrid y volveremos con las pilas cargadas después de una preciosa y bucólica Navidad en un pueblecito de ensueño.

—Ja, ja, ja. —Me carcajeo—. Baja de la nube, bonita. Que esto no es una de tus comedias románticas de Netflix. ¿Cómo se llamaba aquella ambientada en Navidad con la que me diste la turra durante semanas hasta que la vi?

—*¡Ojalá siempre fuese Navidad!* ¿A esa te refieres? Porque si es a esa, he de recordarte que bien que te gustó, mona, porque no tardaste nada, nadita, en pedirme el libro para leerlo.

—Cierto. Me gustó. Pero por eso precisamente, porque era cine, o bueno, novela romántica. Pero aterriza, nena. Esas son historias fantásticas, para soñar, pelis para ver y pasar un buen rato... esas cosas no pasan en la realidad. No te creas que vamos a un pueblo maravilloso de esos, plagado de nieve, idílico, donde huele a Navidad, a galletas de mantequilla por todas partes. Y donde, justo de la nada, aparece tu príncipe azul de cuento que, casualmente, está soltero y disponible para un romance perfecto, y te ofrece una taza de chocolate caliente con nubecitas a la par que te jura amor eterno —me burlo, sarcástica.

—Oye, pues mira, ¡bien bonito sería! Así me gusta, que románticos las vacaciones. Y que sepas que no, no había pensado en esas cosas. Aunque... ¡¿quién sabe?!! Igual en ese pueblo nos esperan a ti algún tiarrón de esos que te gustan: rudos, salvajes, fuertes, de pelo largooo... y a mí el amigo simpático, bonachón, pero macizo-rrro —exclama Mati, emocionándose y viniéndose arriba sola por momentos.

—¿Quieres callarte ya que te van a oír?

—No te avergüences de tus gustos, reina, pero con lo pitiminí que tú eres, la verdad, me pegaría más que tuvieras un romance navideño con cualquier ejecutivo trajeado de los que abundan por aquí...

—En serio, para de inventar tonterías, que ya te estás poniendo

pesadita... y no estamos en el mejor sitio para hablar de tus fantasías. Que digo yo que hoy tienes poco trabajo, ¿no?

—Agg, ya salió doña estirada... ¡Que no vas a heredar la empresa, hija mía! Reconoce que, en el fondo, aunque me mandes callar, te gustaría que pasara algo así.

—Cero. Y se llama hacer bien mi trabajo, no necesito ni quiero heredar nada. Pero tampoco que me despidan por estar vagueando.

—El día que te liberes te cambiará el carácter, Gabrielita. Necesitas un polvazo tanto como yo un donut en este momento.

—Mira que eres bruta. Y no me llames Gabrielita con recochineo, que lo odio.

—Y tú a este paso te vas a ir al convento de clausura. Sor Gabriela te llamarán.

—¡Cómo se nota que tienes un buen día! Anda, anda, vete a tu mesa ya, si es que te acuerdas de dónde está; bueno, y si cabes entre tanto pinito y adornito que has puesto a tu alrededor.

—No me voy hasta que no reconozcas que morirías por un rollito navideño, por un macho alfa de esos que te cogen y te empotran hasta que gritas su nombre, por esa adrenalina corriendo por tus venas... Bueno, y por las mías, por las mías también.

—No, no quiero ni rollitos navideños ni de primavera... ¿Contenta?

—Solo por ese chiste tan malo, me voy, no vaya a ser que se me pegue lo rancio y estirado que desprendes hoy. Aunque claro, con la temporadita que llevas, ¿cuándo no es fiesta? Insisto, necesitas fo...

—Suficiente, Mati —la freno, antes de que alguien escuche sus barrabasadas—. Por soñar tanto, te va como te va, que lo sepas.

—No es que a ti te vaya mejor, ¿eh? Porque como vas de castigadora, de dama de hierro, tanto que se te acercan y los ignoras, o lo que es más feo, los usas de Kleenex para no complicarte...

—Pues sí, mejor no complicarse. Y tú deberías hacer lo mismo y dejar de fantasear con imposibles, que luego bien que lloras en cada desengaño.

—¿Dejar de soñar? ¿O de enamorarme? Jamás, ¿me oyes? Ja-más. Prefiero mil veces llorar por el palo, por estrellarme, que por no haberlo intentado y quedarme con las ganas. Mi mente no concebiría nunca hacer lo que tú haces con todos.

—Muy bien, tú misma... Y ahora, en serio, ¿podemos seguir trabajando? Quiero terminar y marcharme a casa.

—Porque... de unas cerves esta tarde, al salir ni hablar, ¿no? — pregunta guasona ella.

—Mati...

—A este paso llegarás a jefa y yo seguiré siendo tu mejor amiga, por muy coñazo que seas, para que cuando estés en la cúspide del organigrama me des buena vida y un buen secretario mulato que me abanique y que me haga lo que quiera en las largas y calurosas jornadas de verano —se burla ella, arrancándome una inevitable sonrisa. Y es que es tremenda la condenada—. ¡Aleluya! Por fin te veo los dientes, por fin una mínima sonrisa...

—¿Contenta? Pues, hala, sigamos...

—¿Planeando nuestra Navidad en el campo?

—No, amiga, no. Céntrate, ¿quieres? ¡¡Currando!!

—Veo que me vas a dar las vacaciones. Por si acaso, compraré dos ejemplares de la nueva novela de Atenea Winter, que tiene una pintaza que te mueres.

—Esa es la misma autora de la que hablábamos antes, ¿no?

—Correcto... Su último libro se llama *Tú, mi Navidad de película*, así que te lo pienso regalar para que por lo menos te entretengas leyendo frente a la chimenea del cortijo, mientras yo busco entre semejante catálogo de hombres MI —enfatisa— Navidad de película.

«Ya me estoy arrepintiendo del viajecito de marras y ni siquiera nos hemos ido. ¿Por qué no puede ser mañana seis de enero y que ya haya pasado todo? Porque esa es otra... ¡La dichosa Navidad!».

DAN

—Así que eso es todo. Es lo único que os pido. Colaboración, una vez más, y que la gente se sienta como en casa mientras estén aquí —concluye mi jefe la charlita que nos ha dado—. Mariana, Carmela, muchachotes... ¡A trabajar!

—De acuerdo, Andrés. ¿Eso es lo que quieres? Lo tendrás —rezongo, a regañadientes, alejándome de él porque no tengo ni puta idea de por qué al dueño del cortijo le ha dado por organizar eventos navideños todos los diciembres.

A ver qué narices pinta toda esa gente de la ciudad aquí entre nosotros tantos días otra vez. Que alguien me lo explique... ver para creer.

—¿Qué ocurre, Dan? —pregunta mi colega Manolillo, deteniéndose en seco, extrañado.

—No lo entiendo, tío, por mucho que lo pienso, no consigo ver dónde está la raíz del tema. ¿Qué necesidad tiene Andrés de meterse en historias y andar alquilando el cortijo por Navidad año tras año? Y cada cual que pasa, peor. Veremos este...

—Necesitará la pasta —supone, inocente, mi ayudante y compañero de fatigas, y, sobre todo, mi mejor amigo.

—Claro que no. Nuestro jefe nada en billetes, podría limpiarse el culo con ellos. ¿Crees de verdad que con su nivel de vida necesita los cuatro duros que le darán los dueños de esa empresa de pijos por venir aquí a pasar esas semanas? Y es que cada vez es más tiempo la broma.

—Y entonces... ¿qué piensas? Porque yo no tengo ni idea... —inquieta intrigado él, rascándose la coronilla y levantando después los hombros a la par que eleva las manos en señal de duda.

—El porqué me da igual, lo que me molesta es el trabajazo que va a ser para nosotros, para que ni lo valoren; y luego tener que soportar a esa gente de la ciudad, verlos revolotear por aquí, tenerlos por todas partes e incordiar...

—Quillo, igual estos son majetes, no como los de la vez pasada... Deberíamos conocerlos antes de opinar, ¿no?

—¿Crees que esa gente va a darte la oportunidad de comprobarlo? No, Manolillo, no... esa gente estirada, de dinero, es de la que no repara en los peones. Son unos jodidos clasistas. Además, dejémoslo, prefiero no pensar en las veces anteriores, ya sabes por qué... —menciono, sin querer recordar más allá de lo necesario, sin que mi cabeza se vaya a aquella Navidad que jodió mi vida, ni a ella. Ella. La culpable de todo.

—No lo sabemos, no tenemos ni idea de cómo serán...

—Ni ganas, macho, ni ganas. Por mi parte, que se vayan al demonio o, en su defecto, a joder a otro lugar. Seguro que son los típicos trajeados a los que ni siquiera les gusta el campo, que se pasarán el día bebiendo coñac del caro a espuestas y, que, con poco, hasta se asustan de los animales. Puf, ¿qué cojones vienen a hacer

aquí?

—Venga, colega, no te enfades... ¿Vamos a echarnos una birrita luego cuando acabemos?

—Se me han quitado las ganas con el notición... Aunque no sé por qué me sorprende.

—¡Qué poco te gusta la gente ajena! Con lo que disfruto yo haciendo amistades... Y ojalá pudiera hacer amigas, ¿eh? —deja caer el muy bribón levantando las cejas, haciéndome saber lo que pretende.

—Ni lo sueñes, chaval. Y si quieres acercarte a esa peña, conmigo no cuentas...

—¿Me vas a dejar solo?

—Sabes que yo nunca te dejaría solo, pero para eso sí...

—Sin ti yo estoy perdido.

—Manolillo, no es verdad... Porque tú eres sociable, eres un trozo de pan, y caes bien siempre a todos, se ríen y lo pasan bien contigo. Lo que tienes que hacer es soltarte tú solo sin que nadie te ayude. Eres perfectamente capaz. Luego te adoran, mucho más que a mí...

—Nos ha *jodío*, porque tú eres como un muro con todo aquel que no te interesa, con los ajenos, aunque no conmigo, eso es verdad. Y por eso yo contigo me siento más seguro. Y encima...

—¿Encima qué?

—Ya sabes lo que siempre te digo... todas se te acercan; cosa que es un misterio porque, mírate —me vacila el sosca¹ de él—, no eres tan guapo, con esas greñas que me llevas, esa barba, esas camisas de cuadros horribles que te pones y esos chalecos de cuero, que a veces pareces sacado de una peli de vaqueros... Vamos, que si no fuera por los musculitos... Encima es que, si lo piensas bien, hasta eres borde con ellas y, a pesar de eso, todas acaban babeando, emperifolladas, como locas por llamar tu atención. Y ahí, amigo, es donde salgo yo ganando porque por defecto también hablan conmigo. Sin ti yo no sería capaz de hacer una sola amiga...

—Cuando dejes esa timidez a un lado, le echas cojones y no te resguardes en mis faldas, vendrán a ti. Porque recuerda esto, amigo, tú eres un *crack* por ti mismo y no necesitas ir detrás de nadie. Cada

¹ En algunas zonas de España se usa con el sentido de persona que se hace el loco y elude sus responsabilidades.

uno somos como somos. Algún día llegará esa persona por la que no tendrás que correr ni ir detrás, esa que te hablará sin necesidad de que tú inicies una conversación, nervioso; esa que se reirá de tus chistes, que ya sabemos que son malísimos; esa que no quiera ser el polvo de una noche, sino tu compañera de vida. Todo llega, Manolín, todo.

—*Wow*, ¡qué profundidades! ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amigo? Y no me llames Manolín, que para eso ya está mi madre, chaval.

—No busques ni pienses tanto en tías y límitate a vivir y a disfrutar de lo que tienes. Ya tendrás tiempo de que te jodan, créeme.

—Habló, el que da una patada a una piedra y salen cinco chicas dispuestas a...

—Hazme caso, sé de lo que hablo —lo interrumpo—. No necesitas a ninguna tipa para ser feliz. Mira a tu alrededor, ese paisaje, el campo, respira... Eso debería ser tu felicidad.

—Sí, ya... claro, como tú sí que mojas cuando quieres.

—Ya te darás cuenta, ya. Vámonos, anda.

—Insisto: eh, tú, escupe a mi amigo el grandullón, déjalo salir de ahí dentro...

—No payasees, anda, que no estoy de humor. Y, sinceramente, no sé cómo puedes ni quieres conocer a esa gente. Si crees que esa chica que tanto idealizas conocer va a estar entre ese grupo de desconocidos que viene de la capital, olvídate, no puedes estar más equivocado.

—No es por eso, es por conocer gente, en general, que aquí nos tenemos todos muy vistos.

—Yo contigo, con los chicos, Mariana y compañía no necesito más, el resto sobra —asevero, seguro de mis palabras—. Y los que vienen de paso... a esos mejor ni acercarse, son peligrosos.

—Exagerado, no todo el mundo es malo. Bueno, tú sabrás, yo me piro...

—Tú hazme caso, que sé lo que me digo, tío. Esa gente, con sus aires de grandeza, mejor de lejos.

Y mientras Manolillo camina hacia el establo, yo me quedo parado, apoyando la espalda en la columna del porche y raspando con la puntera de mi bota en el suelo. Y a mi cabeza llegan mil instantáneas de ella, de aquella mujer que me deslumbró un día de invierno

años atrás, de lo que vivimos, de nosotros dos en todas las posturas y sitios posibles y de...

—Peligroso es poco para definir a esa gente... —balbuceo mientras niego llevando mi cabeza de un lado a otro.

«Suficiente».

1

GABRIELA

SEMANAS DESPUÉS...

—Pues te voy a decir una cosa, tampoco es tan bonito el paisaje.

—Venga ya, Gabi, no te lo crees ni tú... ¡Es precioso! Has visto la entrada al cortijo, tan señorial, esa arboleda, todos los árboles del camino llenos de guirnaldas, el horizonte, el cielo azul sin pizca de contaminación, este aire tan puro que respiras y te limpia, vamos, que te deja más fresca que el Vicks Vaporub... Y el pueblo de al lado tenemos que verlo, que dicen que en Trevélez tocarás el cielo... ¡Ahí es nada!

—Cuando te da por algo, chica..., cualquiera te lleva la contraria. Ya te digo yo lo que vamos a tocar.

—Puedes decir lo que quieras, menos que el sitio no es increíble. Porque no hemos entrado en la casa y para mí ya es un diez. Solo que tú vienes más cerrada de mente que una botella de vino precintada, a ver quién te convence y te quita el tapón.

—Pues, por una vez, ya podía ser un buen... ¡ya me entiendes!

—suelto sin pensar.

—Oh, Dios mío, por fin doña Perfecta reconoce que necesita mambo. ¡Y con urgencia!

—Yo hablaba de un buen... sacacorchos eléctrico, por supuesto. ¿Aquí y ahora hombres? No gracias.

—Sí sí, ya... lo que tú digas. ¡A mí no me la das con queso, guapa! Que se te ven las costuras... Tú acabarás triunfando como siempre, ya te lo digo yo, que será la que lo vea y pase envidia.

—¿Voy a tener que aguantarte dos semanas así de pesada?

—No tienes muchas más opciones, me temo, porque ya estamos aquí, esto es la leche, y dormimos juntas hasta que por lo menos yo encuentre a mi regalito de Navidad y venga hacia mí envuelto en papel, con un lazo rojo al cuello. Ahí sí que no me vas a ver el pelo...

—En fin, tú créate expectativas, que más dura será la caída —le digo mientras llevo la vista al cielo, con resignación.

—¿Quééé? De soñar también se vive, ¿no? Pues eso. Tú déjame.

—Vamos dentro a ver si nos dan un buen vinito y empieza la fiesta. *Yujuuu, we wish you a Merry Christmas* —canturreo, sarcástica.

—Mira que eres tonta, no te pega nada ponerte en ese plan fal-suno.

—Qué remedio, ¿no nos han traído para disfrutar de las fiestas todos juntitos? Habrá que mimetizarse con el ambiente, con esto...

—expreso mirando a todas partes—, ¿no ves que parece que hemos venido a la casa de Papá Noel? Con tanto adorno, tanta corona col-gada, tanta guirnaldita, por no hablar del espumillón. Dios santo, lo que ha debido de gastar esta gente en decoración y luces...

—Mira que eres, ¿eh? ¡Qué alucine! Fíjate en el porche, todas las flores de Pascua, el abeto, ¡qué preciosidad en conjunto! —dice, se-ñalando.

«Y qué remedio», pienso contemplando a mi alrededor todo tan ornamentado que no queda apenas espacio libre. Habrá que dejarse llevar. «Es eso o morirme de asco aquí entre arbolitos de Navidad, luces y figuras luminosas...».

Y aunque no lo verbalice, en el fondo, no me disgusta lo que veo, es un trabajazo, sí, pero es que me resulta indiferente porque no me gusta esta época desde que no tengo cerca a mi familia, desde que mi hermana vive dando tumbos por el mundo y no entiendo por qué la gente se vuelve tan «jijijí» «jajajá» a estas alturas del año, cuando luego son unos amargados egoístas que van a lo suyo el resto del tiempo.

Llevo mis ojos de un lado a otro y, desde donde estoy, diviso a lo lejos más arboleda, creo que son olivos, iluminados por pequeñas cadenetas led que trepan por los troncos, subiendo hasta recorrer las ramas, proyectando luces y sombras, y, todos a su vez, colocados en una perfecta simetría cercando la casa principal; un gran porche con farolillos negros en la pared, flanqueado por ocho columnas blancas enroscadas por espumillón verde y atestadas por guirnaldas que alumbran en color amarillo, igual que el tejado, cuyo borde está entero encendido y resplandece una barbaridad. La estancia tiene suelo marrón de gres, sobre el que impacta la coloración que des-prenden los hilos de luz colocados por todas partes, y da mucha ca-

lidez en contraste con el blanco de las paredes y el rojo de los grandes lazos que adornan las coronas de flores, esas que decoran el frontal de la casa, al lado de cada una de las cuatro puertas de madera acristaladas, por las que sale una gran cantidad de luz del interior.

Un gran abeto con regalitos en la parte central —«cómo no»— y delante hay varias mesas de madera y forja, donde imagino que en verano se tiene que estar de maravilla a la hora del desayuno y al anochecer... Yo prepararía unas cenas increíbles aquí, a la luz de las velas, con este cielo que en los meses de julio y agosto estará repleto de estrellas, en silencio... escuchando solo el cantar de los grillos; no como ahora que puedo oír perfectamente cómo a nuestros oídos llegan villancicos. Lo bueno es que la canción que se escucha es *Todo es posible en Navidad*, de David Bisbal, mi ídolo de juventud, que por cierto está hasta en la sopa con sus canciones navideñas.

—Venga, reina, como dice tu Bisbi... Todo es posible en Navidaaddd —canturrea Mati, y yo, resignada, sonrío dispuesta a hacer todo el paripé del mundo—. Vamos a ver quién ha llegado y conozcamos el lugar.

—Ay, como si me importara... Más bien dirás: vamos a ver qué habitación nos han asignado. Espero que si hay gallinas o gallos nos toquen lejos, para que no nos despierten ni huelan mal, porque sería lo que me faltaba... no poder ni dormir en vacaciones.

—Mira que eres exquisita y princesita. Relájate, y vamos a ver si empezamos a ver hombretones, que ya tengo yo ganas de ver los monumentos del lugar.

—Querrás decir los paletos y gañanes del lugar. Mira, tú que tanto hablas de amor, y de maduritos, puedes tener un flechazo con algún buenmozo de esos que llevan boina negra y palillo en la boca, seguro que hasta te resultan *sexies* cuando chistan a los animales... —la vacilo.

—Cierra el pico, no seas grosera, que te puede oír alguien y no tiene gracia.

—¿Quién va a escucharme? ¿Las hormigas? ¿Los pájaros? ¡Si no hay nadie! Miraaa.

—Compórtate, ¿quieres? Y haz el favor de poner tu mejor sonrisa —me regaña, molesta, cuando ella es la primera indiscreta—. Te he dicho mil veces que siempre hay un ojo que te ve, y nunca se sabe qué orejas pueden estar escuchándote.

—Correcto, señorita, una apreciación muy acertada —apunta una voz imponente que viene de nuestra espalda, una que me ha puesto todo el vello de punta del susto.

Una jodida voz que no tengo ni idea de dónde ha salido, porque hace unos segundos aquí no había ni Dios, y solo se escuchaba el tukitukitukituki de Bisbal empezando a sonar de fondo en el interior. Y, por primera vez en mucho tiempo, un hombre al que ni siquiera he visto de frente y del que no sé ni qué aspecto tendrá, consigue intimidarme, porque soy consciente de lo que he dicho, de que mis palabras han estado fuera de lugar, y me da vergüenza hasta girarme y encontrarme de frente con quién demonios sea el tipo en cuestión. Como decía la prota de aquel libro: «Tierra, trágame y escúpeme en el Caribe».

Solo que, en tres, dos, uno —con más vergüenza que otra cosa—, me giro y me encuentro con la frialdad personificada frente a mí. Unos ojos mitad verdes, mitad marrones, me atraviesan, fulminándome, destellando y provocando en mi persona mil sensaciones que no sé describir; tanto, que un escalofrío me recorre de arriba abajo sin motivo ni razón.

Y el dueño de esos ojos es un hombre musculado, fornido y alto, con pelo castaño recogido en un moñete medio deshecho, chaleco de piel marrón, pantalones vaqueros negros y botas de campo. Atractivo —demasiado—, parece sacado de cualquier novela de ranchos y vaqueros y no me quita el ojo de encima. Su gesto es serio, aunque claro, no va a aplaudirme después de haberme escuchado decir que aquí solo hay paletos y gañanes. Pero diría que me está analizando de la cabeza a los pies, y eso me está poniendo irremediabilmente nerviosa.

Cuando termina el barrido, quemándome con esos ojos que echan fuego a su paso, aún no he sido capaz de articular palabra. Permanezco expectante, esperando ver su reacción, y más todavía cuando su mirada vuelve a posarse en mis ojos. Percibo una furia, una ira que me traspasa y que, a su vez, hace que mi piel reaccione de nuevo, más todavía.

«Y a este tipo, ¿qué narices le pasa?», me pregunto mientras, de fondo, como si estuviera a diez kilómetros de mí, escucho parlotear sin parar a Mati, sola, porque no recibe réplica: el señor este, digo yo, no piensa abrir la boca. Y entonces reparo en que no está solo.

Dos pasos por detrás de él hay otro hombre que tampoco habla ni pestaña; solo mira con cara de tonto a mi amiga, que, a su vez, sigue a su bola.

«Pues sí que hemos empezado bien, sí. Y el hombre... tiene lo suyo, para qué voy a negarlo. Está como quiere, para que le hagan un par de favores, aunque no le faltarán candidatas. Solo le queda ser de los que rebuznan, eso sí. E igual hasta me lo pienso para un ratito, quién sabe...», se me pasa por la cabeza mientras dejo que se deleite observándome, cosa que no sé si piensa dejar de hacer en algún momento. Y ojalá que sí, porque me está poniendo mala. Muy mala. En una palabra: Cachonda. Porque, sin duda, este es de los que decía mi amiga, de esos que te empotran contra el armario, en la encimera de la cocina o sobre el lavabo...

2

DAN

Manolillo y yo estábamos volviendo de guardar los caballos y de revisar los olivos de la parte trasera de la finca cuando las vimos ahí paradas, rodeadas de maletas. Decidimos, en un alarde de amabilidad, siguiendo las instrucciones del patrón de estar ahí para atender a los huéspedes y asistirlos en todo lo que pudiesen necesitar, ir a ayudarlas con el equipaje que ambas traían. Las íbamos a sorprender por la espalda; no nos esperaban. Tampoco pretendíamos asustarlas ni escuchar su charla, pero los sorprendidos fuimos nosotros al llegar a nuestros oídos las palabras que, sin pudor ninguno, soltó una de las dos. Bueno, yo, más que sorpresa, lo llamaría indignación. En mi caso, porque en el de mi amigo no hay nada de eso: parece aceptar todo sin molestarse; tan solo baja la cabeza y ya. Por eso le digo siempre que, de bueno que es, es tonto.

Aunque no sé de qué me sorprende. Es lo mismo de siempre. Una pija esnob que, sin haber cruzado dos palabras, sin habernos visto ni la cara... que no debía llevar ni cinco minutos desde que las dos habían puesto un pie en el cortijo y ya nos ha insultado.

Se creen superiores, más cultos, todo porque viven en una gran urbe. Nos menosprecian, nos miran por encima del hombro y no hay nada que pueda ofenderme más que traten de hacerme de menos. Como comprenderéis, no voy a dedicar ni dos minutos de mi valioso tiempo a contarle mi vida a esta tipa maleducada, grosera y engreída. No voy a explicarle que por vivir en localidades pequeñas o en el campo no somos paletos, como ella nos ha descrito. Que son formas de vida y que, a nosotros, en este caso, nos gusta. No voy a narrarle cómo fue mi época de estudiante en Madrid ni por qué no quise quedarme trabajando, asfixiado, en un despacho de Gran Vía o de la zona empresarial de Alcobendas, donde con poco trabajarán ella y sus compañeros. No merece que le dedique ni uno solo de mis pensamientos. Solo que esto último se torna complicado

teniéndola tan cerca.

«De puta madre». Es lo único que atino a pensar cuando la observo bien, a tan pocos pasos de distancia de mí. Tan rubia, con ese pelo largo, liso y sedoso; se aprecia lo mucho que debe de cuidárselo. Y ese cuerpo que se intuye demasiado perfecto, como lo era el de aquella otra a la que esta tanto me recuerda. Va tan bien vestida como iba aquella, cosa que, de manera irremediable, me vuelve a llevar al pasado.

«JODER».

La diferencia que observo —y que me saca de mis pensamientos— es que la rubita va haciendo alarde de sus aires de gran ciudad, con esas botas de tacón elegantes que se le van a ensuciar en cuanto pise la tierra...

«Ignorante».

Tener a esta mujer frente a mí es como un *flashback*, como si volviera a tener a aquella delante, como si fuera una mala broma del destino. Y no, no es por esta, a quien contemplo como si fuera una cerveza fría en mitad del desierto, pero da igual, al final están cortadas ambas por el mismo patrón. No me hace falta ver su rostro para saberlo. Eso se nota.

—Correcto, señorita, una apreciación muy acertada. —Es lo único que afirmo, enfurecido como estoy, y dirigiéndome a la chica de pelo castaño, tras el comentario de la escultural rubia a la que no quito mis ojos de encima, cuando llegamos a su altura.

Y es ahí cuando la susodicha, tras unos segundos de indecisión, no tarda en darse la vuelta, y joder, qué impacto. ¡Menudo espectáculo de mujerón!

Incluso puedo apreciar un tibio rubor en sus pálidas mejillas. Lo mínimo es que se avergüence de sus palabras. Y que se disculpe, pero no lo hará. Eso también lo sé. Y lo que veo me impresiona. Esa mujer... Es preciosa, joder, pre-cio-sa.

No tengo ojos para la otra. Cero. Solo puedo verla a ella. Porque es una jodida tentación. Es la manzana que mordería. No sé qué me pasa, pero no puedo apartar la vista de esa mirada azul que me evoca al océano, ese en el que ya me perdí una vez y no lo haré más. Y desde los ojos, inicio el camino por su cuerpo, analizo su figura, intuyo las curvas bajo su abrigo y me paro por unos segundos en las botas para volver a subir, para regresar a esa mirada que atrapa so-

bremanera y a ese rictus perplejo que tiene.

«Es fascinante, sí, igual que todas las de su condición, pero no hay duda de que a la larga se trataría de un caramelo envenenado. Pero un caramelo que lamería hasta verlo desaparecer en mi boca».

De fondo escucho como su acompañante inicia un monólogo, en un intento desesperado por excusar a la rubia hierática. Me da igual, nada va a disculpar su falta de educación. A estas alturas no sé si Manolillo está o no, porque no despega el pico.

—Tranquila, señorita, no tiene que disculparse con nosotros —le explico, volteando la cabeza en dirección a esa pequeña y pizpireta mujer de pelos alocados, ojos marrones y gesto alegre, tanto que no deja de sonreír, pese a estar más cortada que las natillas caseras que una vez traté de hacer con mi padre y, por supuesto, ignorando a la que ni quiero ni debo mirar.

—Claro que sí, solo estábamos comentando sobre el cortijo, lo bonito que está todo, la cantidad bárbara que hay de luces, de decoración y de setos, sobre todo setos...

—Buen intento —le digo, guiñándole un ojo y mostrándole mi mejor sonrisa, porque avispada parece un rato—, pero no se preocupe, si su compañera aquí presente piensa que viene a un sitio donde solo hay paletos, que en efecto, rima con setos, tal vez debería marcharse, no se le vaya a pegar algo y desmerezca su finura —me burlo, apoyándome chulesco en una de las asas de las maletas.

Busco con la mirada a Manolillo, que aparece como dos pasos detrás de mí, y puedo ver cómo está pasando el mismo mal rato —tiene las orejas casi moradas— que la chica bajita, a la que, por cierto, mira fascinado.

—Y tú, perdona, ¿quién demonios eres para decirme a mí que me vaya? ¿Acaso eres el dueño de este cortijo? —replica altiva la muy deslenguada.

—Puede hablarme de usted, no me conoce de nada y tampoco tiene ganas de hacerlo, visto lo visto, por lo que demuestre toda esa educación de la que presume y haga uso de ella, por favor. No me tutee —le espeto serio.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Perdón? ¿Quién, yo?

—¿Hay alguien más metiéndose donde no le llaman?

No respondo. Solo me río. Se ve que eso la irrita. Y me gusta.

—¿Quién narices eres para atreverte a echarme, empleaducho?
—me suelta, altanera, en tono más alto. Debe de encorajarla que no le baile el agua.

—Yo no soy nadie, ya sabe... un lugareño paleta que, para su mala suerte, pasaba por aquí.

—Y atrevido. Insolente...

—¿Le parece? La educación que a mí me falta... ya sabe, y de la que hace alarde, imagino... que, por cierto, a ver si la demuestra porque me temo que es usted un tanto faltona. Contrólese.

—Pues a mí me parece que te estás pasando de listo, con independencia de la educación, por supuesto, de la que claramente careces.

—Y a mí me parece, que tú, sí, tú, me tomo la molestia de bajar a tu nivel, eres una niña maleducada y prepotente que habla y juzga sin saber y, por supuesto —le digo usando su mismo tono—, se cree que todos tenemos que besar el suelo que pisa. Y te equivocas, Rubia, aquí las cosas no funcionan así.

—Dan, para. —Oigo la voz tímida de Manolillo a mi lado, y siento su mano en mi codo.

—Tranquilo, Manolillo, no te preocupes... —respondo yo, sin separar la vista de la tentación.

—Dan... —repite ella. Y mi nombre en su boca suena demasiado *sexy*, tanto que me la imagino debajo de mí, gritándome que la haga mía cuanto antes—. Menudo nombrecito... ¿Qué eres? ¿El macarra de tu grupito? ¿El típico que se cree guay porque tiene nombre de...?

—¿De qué según tú? A ver, dilo, venga... escupe y sigue faltando —la increpo.

—Bueno, claro, ya decía yo... Aquí con esa chulería no tendrás quien te tosa. En lugar de hablar, bramas, ordenando sin modales. Criatura —dice ella, mirando a mi amigo—, aléjate de este tipo, que no se te va a pegar nada bueno con esas formas y esa altanería.

—Gabi, cállate tú también —despega el pico la amiga, que ya no sonríe tanto, tratando de separarla de mí.

—Y has tenido que venir tú a decirle a Manolillo, aquí presente, que no le convengo, ¿no? Que soy malísimo...

—Le estoy haciendo un favor, seguro que es el mejor consejo que le han dado en su vida.

—Uhhh sí, qué malo y qué chulo soy. Zafio, burdo... Apuesto que pensar eso te pone... Pero ¿sabes qué? Estoy seguro —le digo, aproximándome un poco más y bajando el tono— de que, si te rozara, temblarías.

—Eres un chulo de playa. ¿De qué vas? Aléjate.

—Seguro que estás excitada... el rubor de tus mejillas te delata.

—Qué absurdo, por favor.

—Ah, me equivoco, ¿verdad?

—Totalmente.

—Claro. Ese nerviosismo, esa sequedad en la boca... —afirmo en un susurro lento, con mis labios casi rozando el lóbulo de su oreja—, no son porque estás deseando que te toque, que mi piel roce la tuya, ¿no?

—Por supuesto que no puedes estar más equivocado... Jamás dejaría que alguien como tú pusiera un solo dedo sobre mí.

—¿Y quieres que lo crea?, ¿en serio?

—Jamás en la vida, ¿me oyes?, jamás pondría mis ojos en un macarra como tú.

—¿Seguro, Gabi? —le pregunto, enfatizando su nombre de pila, confiado, manteniéndome en mi posición, haciéndola morderse el labio y titubear ante mi proximidad.

Le hago creer que voy a acariciarla, subiendo mi mano y llevándola en paralelo a su figura, bajándola casi rozando, y puedo notar su nivel de alteración.

—Fuera, ¿quieres? —pide nerviosa—. Espera, espera. Ya sé... eres uno de esos que solo tienen que chascar los dedos para que las cuatro pardas de turno caigan como un mosquito en un cítrico. Y cuando llega alguien que no te entra al juego, que no dejaría que la tocaras ni con un palo porque le produces asco y rechazo, te crees que tienes el derecho de decir cualquier cosa. Y faltar. Pero no. No es así.

—¿Yo? Para nada.

—No te lo crees ni tú.

—Lo que no me creo es que te produzca tanto asco y rechazo —vuelvo a susurrar, esta vez rozando mis labios en su oreja levemente—. Aunque, igual, casi mejor —afirmo, separándome de golpe—, porque no te pondría un dedo encima así me lo suplicaras de rodillas o me hicieras un trabajito para conseguirlo... ya sabes.

—Cerdo. Sueña...

—¿Contigo? Tal vez esta noche... ¿Y tú? ¿Vas a soñar conmigo? Cuidado con esas manitas de porcelana, y esas uñas de tigresa...

—Mati, vámonos de aquí ya —le pide, casi temblorosa y totalmente descolocada a su amiga.

—Sí, hombre, ahora que estamos aquí, ¿cómo vamos a irnos, Gabi? —replica su amiga, divertida como ella sola.

«Esta se ve maja».

—Haz caso a Mati, quédate... —miro cómplice a su amiga—, que no habéis hecho nada más que llegar. Ahora viene lo bueno... ya lo verás, muñeca —le digo, con un guiño de ojo que pretende torturarla.

—Déjame en paz, deja de insinuar idioteces, no me llames muñeca; de hecho, no me llames y coge nuestras maletas. Estabas aquí para eso, ¿no?

—Encima de todo, eres osada queriendo que te ayude... ¿Qué pasa? Para eso no soy gañán ni paleta, ¿no? Bueno claro, te debes de pensar que con mi coeficiente intelectual es a lo único a lo que llego, ¿verdad? Te sorprenderías...

—Insolente... A mí no me deslumbras, de hecho, me dan asco los hombres como tú.

—Mati, ¿verdad? Disculpa, ¿cuál es tu equipaje? —inquiero, ignorándola, para hacerla rabiar, porque ni loco se lo subo a ella... Va a empezar sus vacaciones tirando de todos los trapos de marca que se habrá traído en esas dos maletacas.

—Las rojas, las rojas son las mías, pero no hace falta. Nosotras podemos... —contesta ella, mirando con miedo a su amiga, mientras, le hago un guiño a Manolillo y, entre los dos, cogemos el equipaje de la morena y echamos a andar.

—No no, por favor, nosotros te las llevamos, que el terreno hasta el porche es irregular. Te ayudamos encantados, ¿verdad, Manolillo?

—Verdad, verdad —responde él con su hilo de voz.

—Pienso hablar con tu jefe, esto no va a quedar aquí, no sabes con quién te has metido. Que lo sepas, macarra —me grita Gabi, y eso me divierte, porque encorajinada está todavía más atractiva.

—Suerte... —le deseo desde lejos, pretendiendo hacerla enfadar más aún, con mi mejor guiño de ojo, ese que le haría a cualquier

mujer en el bar un sábado cualquiera que quisiera divertirme un rato.

Dejarla hablando sola me pone burro, qué se le va a hacer.

Ya desde dentro de la casa principal, se oyen aún sus quejas y no puedo evitar retroceder hasta el salón para, a través del cristal, observar oculto cómo a regañadientes la rubia acaba mordiendo el polvo y, trabajosamente, arrastra por la tierra, esquivando alguna piedra, su maleta, ayudada por su amiga.

—Eres un cabrón —me dice Manolillo—. Te has pasado con la chica. ¿Qué más da que crea que somos paletos?, si no la conocemos. Que piense lo que quiera. Ya verá que no es así. Que tú tienes estudios y todo.

—No, Manolillo, no. Se llama respeto. Da igual los estudios, eso no es lo que mide ni hace más o menos a las personas. Y esa mujer necesita que le laven la boca con jabón. Y un poquito de humildad, porque se cree una diosa.

«Lo es».

—Puede creerse lo que quiera porque está buena que no veas, tío.

—¿No me digas? ¿Te gustó?

—Es guapísima. ¿O acaso no te has dado cuenta? Un pibón.

—No. Estará muy buena, pero no todo es eso. Alguien debería bajarla de su pedestal.

—¿Y ese alguien vas a ser tú? No te emociones, que no creo que vuelva a acercarse a ti después de lo que le has dicho... Saltaban chispas entre vosotros, Dan. La has llevado al límite jugando y, algún día, alguna te pondrá en tu sitio.

—Si yo me lo propusiera, sí que la llevaría al límite, puedo jurártelo. Solo que ni por asomo la quiero cerca. Estaba nerviosa, no ha podido disimularlo. Casi tanto como tú, por cierto —me vuelvo, increpando a mi amigo—. Y no te hagas el tonto, que he visto cómo mirabas a la otra, aunque hayas querido disimular diciendo que la rubia de los cojones está buena.

—Mati es una preciosidad. ¿Has visto esa sonrisa que tiene? Hacía tiempo que no veía una chica tan bonita.

—Te ha encantado, ¿eh, amigo? Pero mejor déjalo estar. No te acerques... Ya sabes que esa gente no tiene nada que ver con nosotros.

—No podría, ella nunca se fijaría en mí. Y yo creo que no sería

capaz de hilar dos frases ante ella.

—Anda, no digas tonterías, siempre estás igual. Vamos a subir esto que ya vienen...

—¿Y si le cuentan a don Andrés todo?

—¿Quién? ¿Ella? Esa no va a abrir el pico, la tengo ya calada. Aún debe de estar caliente...

—No te flipes, anda...

—¿Apostamos a que no dice nada?

—No, que siempre me ganas y ando corto de pasta, tío.